

bienes y servía con sus manos; aliviar sus miserias, curar sus llagas y prodigarles todos los cuidados de una madre, eran su único consuelo, su felicidad y sus delicias. ¡Mujer admirable, digna de que San Jerónimo haya hecho su panegírico, y de que la Iglesia la haya puesto en el número de los santos!

Del mismo número fueron Santa Salvina, Santa Furia, Santa Principia, Santa Albina, y otras muchas, tan distinguidas por su nobleza como por la gloria de todas las virtudes, á quienes el mismo santo doctor dirigió importantes cartas, y cuyo elogio ha hecho.

Segun la pintura que San Jerónimo hace en su famosa carta á Eustoquia, que levantó contra él tantas borrascas, el clero de Roma no era en aquella época un modelo de virtud. Los jóvenes eclesiásticos carecían de ciencia y de gravedad, y los ancianos dejaban mucho que desear respecto á la edificacion y al celo por los intereses de la fe y por el bien de la Iglesia. Pues bien; lo que los hombres no hacían, lo hacían las mujeres, y con el más feliz resultado. Un cierto Helvidio, de la secta de los arrianos, acababa de publicar su repugnante libro contra la perpétua virginidad de la Santísima Virgen, en el que sostenía que la Madre de Dios había tenido otros hijos de San José despues de Jesucristo. Este odioso libelo causaba mucho daño en Roma, y preparaba el camino al nestorianismo, á esa herejía enemiga del honor y de los privilegios de María, que se proponía rebajar al Hijo, rebajando á la Madre, que no fué otra cosa que una nueva forma del arrianismo. Sin embargo, nadie fijaba la atención en ello, quizá por el poco mérito de la obra y por la oscuridad del autor. No sucedió lo mismo á estas santas mujeres, que eran entónces la admiración y la edificacion de Roma, y por Roma, de todo el mundo cristiano. En este innoble ataque contra la dignidad de María creyeron ellas ver atacada la dignidad de su sexo, lo mismo que la dignidad de la fe. Ellas se llenaron de sentimiento y de indignación, y delataron el libro y el autor al celo de San Jerónimo; y este grande hombre, á instancias de ellas, escribió su bello y sólido *Libro contra Helvidio*, en el que, no sólo defendió vigorosamente la perpétua virginidad de la Madre de Dios, sino que sostuvo que San José fué perpétuamente virgen; y desde esta época data el bello homenaje que la Iglesia tributa continuamente á María, saludándola Virgen ántes del parto, en el parto y despues del parto: *Virgo ante partum, Virgo in partum, Vir-*

*go post partum*; y diciéndole con frecuencia: « Oh Santísima Virgen, que permanecisteis pura despues del parto, rogad por nosotros al eterno Padre, cuyo único Hijo disteis á luz: *Post partum Virgo inviolata permansisti; ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti.* »

§ XXVI, 2.º—Santa Demetriades admirando al mundo con su heroica renuncia del mundo.—Sublimes sentimientos de Juliana, su madre, y de Proba, su abuela, en esta ocasion.—Prodigioso número de jóvenes á quienes su ejemplo atrajo á la profesion de la santa virginidad.—Los Padres se valieron de estos ejemplos para la composicion de sus tratados sobre la vida cristiana.—Mision importante que la mujer católica desempeñó en esta época.—Las madres de la Iglesia al lado de los padres de la Iglesia.

La más célebre de estas mujeres católicas en el mundo entero y en la Iglesia, que en la época de los Padres edificaron tanto al mundo, y dieron tanta gloria á la Iglesia, fué la virgen Santa Demetriades, de quien el lector no llevará á mal que le presentemos aquí algunas particularidades especiales.

Hija del cónsul Olibrio (1), de la antigua familia Anicia, prodigio de belleza y heredera única de una inmensa fortuna, era, dice San Jerónimo, *la primera en el mundo romano*. Prevenida siendo todavía niña, por la gracia, tuvo la fe ardiente de una mujer virtuosa y perfecta, y comenzó su carrera por donde otras desearían acabar

(1) Este Olibrio era hijo de Anicio Pretonio Probo, el romano más ilustre de su tiempo, que siendo procónsul en Italia, dió el gobierno de la Emilia y la Liguria á San Ambrosio, cuando este santo no era más que un joven catecúmeno. Probo era también dueño de propiedades inmensas en todas las provincias del Imperio. Él era pagano; mas habiéndose casado con Proba Faltonia, cristiana ilustre por su talento, su piedad y su celo, se hizo cristiano y murió en la fe. Las grandes conversiones al Cristianismo se hacían entónces principalmente por las mujeres. Su hijo Olibrio era ya cónsul, aunque muy joven, cuando se casó con Juliana, señora muy distinguida por su nobleza y por su fe. Así es que Proba, su madre política, la amó como á su hija; y cuando, al poco tiempo de haber nacido Demetriades, quedó viuda de Olibrio, como otra Rut, no quiso separarse de su suegra, y rivalizó con ella en la práctica de todas las virtudes cristianas. Estas dos nobles matronas se amaban tan tiernamente y marchaban tan de acuerdo en los caminos del Señor, que parecían un solo entendimiento, un solo corazón y una sola alma viviendo en dos cuerpos. Así es como ellas consiguieron hacer de Demetriades un prodigio de santidad.

la suya (1); porque pudiendo aspirar á los partidos más brillantes de la tierra, no quiso más esposo que el Rey del cielo. Habiendo tomado Demetriades secretamente esta resolución, confirmada por una promesa solemne que hizo á Dios en su corazón virginal, en medio de todas las seducciones y de todo el prestigio de la opulencia, rodeada de un gran número de eunucos y de doncellas que la servían, comenzó á domar su carne virginal, y á mortificar su delicado cuerpo con toda especie de austeridades. Bajo sus ricas vestiduras llevaba un duro cilicio; practicaba el ayuno y dormía sobre la dura tierra. Ella hacía todo esto á escondidas de su madre y de su abuela, y sólo algunas doncellas de la casa lo sabían; entre tanto, ella no cesaba de pedir al Señor, con lágrimas, que viniese en su ayuda para cumplir sus santos deseos, y que dispusiese á ello el espíritu de sus padres. Y habiendo llegado el tiempo de hacerles conocer su generosa resolución, quitándose un día sus nobles vestiduras y todas sus ricas joyas, se presentó á Juliana, su madre, y á Proba, su abuela (porque su padre había ya muerto), en hábito de religiosa, con todas las insignias de la humildad y de la penitencia; y postrada á sus piés, les manifestó su vocación, y les pidió la gracia de que no se opusiesen á ello. Unas mujeres mundanas se hubieran afligido y se hubieran puesto furiosas al ver tal escena y al oír tal declaración; pero siendo Proba (2) y Juliana (3) dos santas mujeres, llenas también del verdadero espíritu del Evangelio, se alegraron tanto, que lloraban de gozo; porque aquellas sublimes mujeres habían deseado siempre que su amada hija abrazase la virginidad; pero no esperando de ella, en las condiciones en que se encontraba, un acto tal de perfección, habían resuelto desposarla en África con uno de aquellos ricos y nobles romanos que se habían retirado allí. Védlas, pues, levantar del suelo á su hija, que temblaba de miedo de haberles causado un disgusto, estrecharla en sus brazos, colmarla de besos é inundarla en lágrimas, diciéndola:

(1) «Nobilitate et divitiis in orbe romano prima, postquam puellarum annos fidei ardore superasset, inde incepit ubi aliæ desinunt.» (*Epist. ad Demetriadem, De virginitate servanda.*)

(2) Á esta ilustre matrona fué á quien dirigió San Agustín su famosa carta relativa á la oración. (*De oratione, ad Probam.*)

(3) Por ella escribió San Agustín su bello libro *De las ventajas de la virginitad*, que dedicó á la misma. (*De sancta virginitate, ad Julianam.*)

«¿Qué dices tú, querida hija? ¿Que nos ha de causar resentimiento tu resolución? Ese es, por el contrario, nuestro deseo, esa es nuestra alegría; nosotras te bendecimos por haber prevenido y adivinado nuestros deseos; nosotras tenemos el mayor placer en que permanezcas virgen; tú vas á hacer á nuestra noble familia todavía más noble por la gloria de tu virginidad.» Aquel día, pues, fué un día de inexplicable gozo en aquella cristiana casa (1).

«Pero es necesario no perjudicar (añadieron aquellas mujeres incomparables), es necesario no perjudicar al celestial Esposo á quien va á unirse nuestra hija. Ella debe llevarle toda la dote que hubiera llevado al esposo de la tierra. Hé aquí, dijeron á su pequeña heroína, hé aquí el rico ajuar que estaba preparado para tu matrimonio con el hombre: tú eres la dueña de él, lo mismo que de todas nuestras riquezas; dispon de él como quieras en favor de tu Esposo, Dios. Nosotras deseamos que lo que en las manos de un hombre del mundo iba á perecer, se convierta en tus manos en una fuente de socorros para los pobres y para los siervos del Señor» (2).

El día en que esta augusta virgen se consagró al Señor fué un día de júbilo para toda la Italia cristiana, y para Roma en particular, cuyos muros, destrozados por la reciente incursión de los bárbaros, parecía que volvían á tomar su antiguo esplendor; el perfecto sacrificio de aquel ángel terreno les hacía esperar que el Señor les era propicio (3).

Deseando Proba y Juliana que nada faltase á esta gran solemnidad cristiana, habían pedido á San Jerónimo que mandase á su hija, el día de sus desposorios sagrados, los regalos de boda, enviándole, con su bendición, algunas palabras de edificación y algunas reglas de conducta. El santo padre estaba entonces ocupado con

(1) «Certatim in oscula neptis et filiae mater et avia ruunt; ubertim fiere prae gaudium; jacentem manu attollere, amplexarique trepidantem, et gratulari quod nobilem familiam virgo virginitate sua nobiliorem redderet. Jesu bone! quid illum in tota domo gaudium fuit!» (*De sancta virginitate.*)

(2) «Quidquid fuerat nuptiis prae paratum, à sancta Christi synoride virginitati traditum est, ne Sponso fieret injuria. Imo, ut dotata pristinis opibus veniret ad Sponsum; et quidquid in rebus mundi peritum erat, domesticorum Dei sustineret inopiam.» (*De sancta virginitate.*)

(3) «Tunc lugubres vestes Italia mutavit. Romae semirutta moenia pristinum ex parte recepere fulgorem, propitium sibi existimantes Deum in aluminae conversione perfecta.» (*Ibid.*)

sus *Comentarios sobre Ezequiel*, y en particular con la explicacion del templo misterioso de que habla este profeta, que es uno de los pasajes más difíciles de los libros santos. Sin embargo, él accedió á los piadosos deseos de las dos santas matronas, diciéndose á sí mismo: «Yo no abandono mi objeto; yo no haga más que pasar de un altar á otro, y concurrir con mis palabras á la consagracion de la pureza eterna de una hostia viviente y agradable á Dios, ofreciéndole el holocausto de un corazon sin mancha» (1). Esto fué lo que nos valió la elocuente *Carta de San Jerónimo á Demetriades*, seguida de un excelente *Tratado sobre el modo de guardar la virginidad*, por la que este gran doctor hizo todavía más célebre en la Iglesia un acontecimiento ya demasiado célebre (2).

«¡Virgen afortunada, dice el mismo doctor á su pequeña heroína, ved cuán bueno es Dios para con vos! Él os da, áun en este mundo, mucho más de lo que vos le habeis dado. Al desposaros con un hombre, apénas os hubiera conocido una provincia; y al desposaros con Jesucristo, todo el mundo os conoce, y vos edificáis á todo el mundo (3). Y vos, Juliana, vos lo estais viendo tambien: no hay una virgen cristiana que, al consagrar su virginidad, no se honre con haber imitado el ejemplo de vuestra santa hija. No hay una madre que no os aclame mil veces dichosa por ser madre de tal hija (4).

(1) «Malui uti hoc diverticulo, ut de altari ad altare transirem et hostiam placentem Deo, ac sine ulla macula aeternae pudicitiae consecrarem.»

(2) San Agustin, que habia visto á Demetriades en Cartago, cuando fué á aquella ciudad para conferenciar con los donatistas, habiendo sabido por Proba y Juliana que su noble hija acababa de hacer su profesion religiosa, y de recibir el velo de las vírgenes de manos del obispo, experimentó una inmensa alegría, y dirigió tambien una patética carta á la nueva esposa del Cordero divino, en la que le hace ciertas advertencias contra la doctrina de los donatistas, y le encarga «que se atenga siempre á la fe del papa San Inocencio.»

Hallándose entonces en Palestina el famoso Pelagio, cabeza de la herejía que lleva su nombre, escribió tambien á Santa Demetriades una carta muy larga, ó más bien un libro, que se conserva todavía, en la que el astuto herejarca trata, por medio de frases insidiosas, de imbuirla en sus errores, conociendo la importancia de esta conquista para su nueva herejía.

(3) «Plus recepisti, virgo, quam donasti. Quam sponsam hominis una tantum provincia nosset, virginem Christi totus orbis audivit.»

(4) «Quae virginum Christi non hujus se societate jactavit? Quae mater non tuum Juliana, beatum jactavit uterum?»

» En efecto, ningun acto de virtud cristiana, prosigue San Jerónimo, ha hecho tanta sensacion ni ha producido tantos bienes en el mundo. La noticia se divulgó por todas partes con la rapidez del rayo. No sólo las ciudades, los pueblos y las aldeas, sino las chozas, lo hacen objeto de su admiracion (1). Todas las iglesias de África se llenaron de gozo como si se tratase de su propia felicidad (2). Todas las playas del Oriente lo supieron tambien, y todas las ciudades interiores de aquella comarca aplaudieron tambien este bello triunfo de la fe cristiana» (3).

Pero ésta no fué sólo una admiracion estéril. El acto generoso de Demetriades fué una semilla preciosa, que hizo germinar un número prodigioso de vírgenes que quisieron consagrarse tambien á Dios. Las domésticas mismas siguieron el ejemplo de sus jóvenes señoras, y las clases inferiores el de las clases superiores. Estas jóvenes eran de condiciones diferentes á los ojos del mundo, pero el mérito de su castidad era igual á los ojos de Dios (4). No hubo casa alguna en que la profesion de la virginidad no tuviese generosas adeptas, que se consagraban á ella con entusiasmo (5).

San Ambrosio, al principio de su ministerio pastoral, se quejaba de que la virginidad en las mujeres, tan comun en el África cristiana, era cuasi desconocida en Europa. «Cada año, decia él, se consagran á Dios más vírgenes en África que hombres nacen en Italia» (6). Pero despues de este grande ejemplo, no sucedió ya lo mismo, en virtud del poderoso impulso que vino de Roma. El número de las jóvenes que abrazaban la virginidad voluntaria fué tan grande, que el mismo Santo Pontífice consagró de una vez más de ochocientas, y esta ceremonia duró tres dias. (*De virginitate.*)

(1) «Non solum ad urbes, oppida viculosque, sed ad ipsa quoque magalia celebris fama penetravit.» (*De sancta viduitate ad Julianam.*)

(2) «Cunctae per Africam Ecclesiae, quodam exultavere tripudio.» (*Ibid.*)

(3) «Penetravit hic rumor Orientis littora; in Mediterraneis quoque urbibus christianae gloriae triumphus auditus est.» (*Ibid.*)

(4) «Quasi ex radice fecunda multae simul virgines pullularunt; exemplumque patronae et dominae secuta est clientum turba atque famularum. Quarum cum impar esset in carne conditio, unum erat praemium castitatis.» (*Ibid.*)

(5) «Per omnes domos fervebat virginitatis professio.» (*Ibid.*)

(6) «In Ecclesia Orientali et Africana plures consecrantur virgines, quam in Italia nascuntur homines.» (*Ibid.*)

No es necesario tener un gran talento para comprender los buenos efectos que estos ejemplos, dados por las mujeres, debían producir también en los hombres y en los pueblos recién convertidos al Cristianismo. De este modo la castidad, esa grande virtud, cuya doctrina, cuya inspiración y cuya gracia no se encuentran más que en el Evangelio, y que el paganismo había despreciado tanto, erigiendo en actos de religión aún los excesos contra la naturaleza; la castidad, esa virtud social, que es la única que puede impedir que los pueblos se corrompan y caigan en la esclavitud y en la barbarie; la castidad, repito, se introdujo en las familias, comenzó á reinar en ellas en compañía de la verdadera fe, que es su base, y de todas las virtudes, que son efectos suyos. Por este medio se hicieron populares estas virtudes. Por este medio formaron ellas las costumbres de los pueblos cristianos, lo mismo que sus leyes, y la sociedad cristiana fué constituida definitivamente. De modo que este mundo, totalmente nuevo, de que el mundo antiguo no tuvo la más pequeña idea ni soñó jamás su posibilidad; este prodigio del verdadero progreso y de la civilización cristiana, que forma la admiración del mundo, se debe en gran parte á la acción de la mujer cristiana. Los padres de la Iglesia tuvieron en ello una parte muy principal, porque con sublimes predicaciones y con sus sabios escritos explicaron y ensalzaron la verdad, la grandeza del dogma cristiano, la santidad y la importancia de las leyes y de las prácticas del Evangelio. Como sucesores de los apóstoles, propagaron ellos el Cristianismo donde no había sonado la voz de los apóstoles. El gran medio que facilitó la misión y aseguró el triunfo de ellos, es necesario buscarlo en la facilidad con que la mujer abrazó el Cristianismo, en la prontitud con que se penetró de él, y en el generoso fervor con que ella lo introdujo en la familia y, por consiguiente, en la sociedad.

En una de sus cartas á San Agustín (Epist. 70) le dice San Jerónimo: « *Nuestras santas hijas*, Albina, Piniana y Melania, os saludan con mucho afecto, como igualmente nuestra pequeña Paula, la que os pide encarecidamente que os acordeis de ella. » San Agustín en sus cartas habla también de muchas mujeres de su tiempo con el mismo respeto y con el mismo afecto, y nada es tan honroso para ellas como verse tratadas así por estos dos grandes hombres, los dos padres más insignes de la Iglesia. Esto consiste en que aquellas sublimes criaturas, aunque por medios diferentes, trabajaban

para el mismo fin que estos santos doctores, que era el triunfo y la propagación del Cristianismo; por consiguiente, ellos las consideraban como las auxiliares más poderosas de su importante misión, como las hijas predilectas de su celo, como una prueba viviente de la verdad y de la santidad de las doctrinas que ellos explicaban y derramaban en sus inmortales escritos, como las más bellas y las más puras glorias de Jesucristo y de su religión, como los frutos más exquisitos de la gracia del Evangelio, como la verdadera riqueza, el verdadero ornato, las verdaderas delicias y las verdaderas grandezas de la naturaleza humana. De aquí procedía aquella especie de parentesco espiritual y divino entre los padres de la Iglesia y estas nobles mujeres, en quienes la fortaleza del alma suplía la inferioridad del sexo, y cuyo fundamento era la identidad de la fe, cuyo vínculo era la santidad, y cuyo fin era la gloria de Dios y la santificación del mundo; de aquí también procedía el cuidado de aquellos Padres en instruir á aquellas bellas almas, su prontitud en protegerlas, su celo en defenderlas, su entusiasmo en alabarlas, y su ternura en venerarlas y en amarlas.

Es de notar también que todas las reglas y todas las prácticas de la vida cristiana, aún antes que los Padres hubiesen escrito sus admirables tratados sobre esta materia, habían sido seguidas por espacio de mucho tiempo por las mujeres. No de los libros, que no existían aún, sino del santo entusiasmo de la fe, de la manera exquisita con que ellas comprendieron el Cristianismo, de la sensibilidad de sus corazones y de la docilidad de sus entendimientos á los movimientos de la gracia, fué de donde ellas recibieron ese celo por la pureza de la doctrina católica y por la propagación del Catolicismo, ese desinterés en cederlo todo á favor de la Iglesia y de los pobres, esos santos artificios de la caridad, esas precauciones severas, que podrían graduarse de exageradas, por guardar su poder y conservarse intactas en medio de la corrupción del mundo; ese fervor por la oración y por la penitencia, esas ideas exactas, esos principios sólidos, esos sentimientos generosos y esa abnegación sublime que acabamos de admirar en lo que hemos leído de ellas, y cuyo prodigio admiró al mundo y aún á los mismos Padres, que lo han hecho constantemente el objeto de sus elocuentes narraciones y de sus panegíricos. Nadie, sino Dios, pudo sugerir á aquellas almas sublimes que hiciesen lo que hicieron, y muchos hombres apren-

dieron en su escuela. Sus maestros en la fe no les enseñaron más que el espíritu, los dogmas, los preceptos, los consejos, en una palabra, los verdaderos principios del Cristianismo; y ellas dedujeron las consecuencias más remotas, y las practicaron en toda su perfeccion.

Los excelentes tratados que Tertuliano, San Cipriano, San Basilio, San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín nos han dejado sobre la conducta de la mujer cristiana, nos ofrecen sobre esta interesante materia magnificas explicaciones, tomadas de la Sagrada Escritura, pero no contienen ni una sola práctica nueva que la mujer cristiana no hubiese adivinado y cumplido anteriormente. Parece que esos Padres formaron sus tratados con la *Biblia* en una mano y la historia de la mujer cristiana en la otra, y que escribieron lo más sobresaliente que vieron en esta historia viviente que tenían ante sus ojos. Así es que ellos citan siempre, en apoyo de sus observaciones, los más bellos ejemplos de estas heroínas del Cristianismo; y á este método de esos grandes escritores debemos el conocimiento de los ejemplos sublimes que forman el gozo y la edificacion de la Iglesia. Ellos son los que nos los han conservado. No es, pues, posible dejar de reconocer que los mismos padres de la Iglesia deben mucho á las inspiraciones, á las virtudes de la mujer de la Iglesia, á la mujer tal como la gracia del Evangelio la habia formado.

Es verdaderamente grandiosa esta tercera época del verdadero Cristianismo. Despues de los prodigios de la constancia sobrenatural de los mártires, nada es más grande ni más bello que el prodigio de la ciencia y del celo de los padres de la Iglesia. Pero no podemos dejar de reconocer y de admirar la accion providencial de Dios sobre la Iglesia, en la aparicion simultánea de un número tan grande de mujeres maravillosas al lado de un número tan grande de hombres de genio. Parece que queriendo Dios mudar la faz del mundo, encargó á un mismo tiempo esta mision difícil á las mujeres lo mismo que á los hombres, y que los unos y las otras cumplieron fielmente la mision especial que con este objeto se les habia confiado. Miéntras que los padres de la Iglesia admiraban al mundo con su saber, las mujeres de la Iglesia lo encantaban con sus virtudes. Miéntras que aquéllos sometian todos los espíritus á las santas locuras de la cruz, éstas atraian todos los corazones. Los Padres dieron los preceptos y las reglas de la vida cristiana, y

las mujeres dieron los más bellos ejemplos. Los que los Padres emprendieron con su celo, las mujeres lo concluyeron con su fervor. Por consiguiente, todos ellos contribuyeron en igual proporcion, por decirlo así, á la gran obra de Dios, de cristianizar el mundo; todos ellos, aunque de diversos modos, sirvieron unidos, asistieron y glorificaron la Iglesia, y esta época de los padres de la Iglesia la podemos considerar tambien como la época de las *madres de la Iglesia*.

FIN DEL TOMO PRIMERO.